
El Idilio de la Noche

Joaquín Dicenta

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6073

Título: El Idilio de la Noche

Autor: Joaquín Dicenta

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Idilio de la Noche

Al finalizar aquel crepúsculo de fuego durante el cual el sol, convertido en inmensa hoguera, arrojaba sobre el horizonte llamaradas de luz y teñía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hierba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ellas se condensaran y fundieran el vaho caliente que salía de la tierra abrasada y el humo del incendio que amenazaba consumir el infinito. Vino la noche y dijérase que aún no se había puesto el sol, que aún no se había extinguido la enorme hoguera, que después de arrasarlo todo con sus llamas, de convertirse en montón de brasas cubiertas por las cenizas de la catástrofe, ardía en un rincón del cielo a manera de humeante rescoldo que no acaba de extinguirse nunca, y daba señales de existencia rasgando las nubes con relámpagos cárdenos y con trepidaciones sordas.

Así fueron pasando las horas y llegaron las primeras de la madrugada, sin que una ráfaga de aire puro viniese a refrescar la tierra, a sacudir las hojas inmóviles de los árboles, a introducirse en el fondo oscuro de las casas dormidas, que abrían de par en par, para recoger el oxígeno de la atmósfera, sus anchas bocas de madera y de vidrio. Era aquel un amodorramiento sombrío, una quietud de asfixia, el sueño profundo de una ciudad aletargada por el calor y rendida por el cansancio.

Yo, tan falta de sueño como codicioso de frescura, recorría las calles del aquel barrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa soledad acompañada, de esa

conversación muda de uno con uno mismo, conversación llena de tristezas y de alegrías, porque conversa uno con sus recuerdos y con sus esperanzas. Así iba yo, abstraído en mí propio, haciendo una excursión por los interiores de mi alma, y perdiéndome en ella, hasta el punto de olvidar cuanto fuera de ella existía. Y así hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oídos esta copla que llegó a mi espíritu y le hizo avanzar hacia fuera como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus labios, con tus labios de corales, y ríete de las penas, y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos, deseoso de conocer a quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubríase una reja, por entre cuyos barrotes negros salían los reflejos amarillentos de una luz.

De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra. Seguí avanzando; llegué frente a la reja, y cuando mis ojos penetraron por ella retrocedí con asombro...

Nada más inesperado, más triste que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar a la puerta del cortijo andaluz, bajo el toldo verde de la parra, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, destartalada, irregular; la luz de un quinqué que ardía sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba a iluminarla por completo; fuera parte del espacio más próximo al quinqué, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro; algunas escaleras portátiles esparcidas aquí y allá; una puertecilla a la derecha, y a lo largo de las paredes dos inmensas estanterías de madera que se alargaban hasta el fondo obscuro de la sala. Sobre aquellos estantes, simétricamente alineados, en correcta formación como si asistiesen a una gran parada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos éstos, negros aquéllos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos relucían despidiendo reflejos metálicos... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expendeduría de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca del otro, estaban una mujer y un hombre; el hombre en mangas de camisa, entreabierta la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas, y las manos arrancando a las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ternura y de pasión; la mujer con el cuerpo echado hacia atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas a lo largo del cuerpo, y la azulada cabellera desgreñándose sobre los hombros; él la miraba con mirada de amor, y ella entreabría la boca, como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta a cantar.

Debían ser marido y mujer, y formaban un grupo encantador: jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores a la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche calurosa de julio.

Yo continuaba mirándoles, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando

sonaron en la calle pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó a la puerta de la tienda, llamó con golpes presurosos y esperó un momento paseándose con impaciencia de un extremo a otro del edificio.

—Llaman —dijo la mujer.

—Sí; algún parroquiano —respondió el hombre.

Y dejando la guitarra en el suelo, empujó la puertecilla que comunicaba con la tienda, y salió a abrir, volviendo a los pocos instantes.

—Es ahí al lado —dijo—, en el 23. Vuelvo enseguida.

—No tardes —respondió ella.

El hombre se puso una americana, salió a la calle y pasó por delante de mí silbando entre dientes.

Yo permanecí delante de la reja contemplando a aquella muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabierta, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y enérgico, que se alzaba y deprimía a impulsos de la respiración de la joven, agitando el lienzo de su chamba color de rosa.

El hombre volvió a poco rato. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio —dijo mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer—. Entierro de primera clase; ataúd de zinc; seis caballos; lacayos empolvados... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, a acostarnos, que ya es tarde. Despertemos a los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos a ser ricos.

—¿Y quién es el muerto? —preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¡Qué mal olía!...

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal. Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno.

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y

piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.